

EL PARAÍSO DE LAS ISLAS

Cuentos del paraíso de las islas

17.07

LA CANINA ESMERALDA



Emilio Sola

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Archivo, Galeatus, El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 09/07/2012, 15/03/2025, 03/12/2025 y 29/07/2026

Número de páginas: 7

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

FINAL

Somos el grupo Yamamoto original de nuevo, como habíamos convenido en llamarnos. Como habíamos convenido también, nos reunimos de nuevo en la Casa del Naranjal –así, al gusto de Salvo – y vamos a cerrar aquí la “agrupación para trabajo de curso”, que luego derivó en “agrupación de viaje de verano”, y se convirtió para todos –Tip y Carla, Corino y Salvo, y Yamamoto – en viaje de conocimiento y de contactos prolongado, con resultado de gran fiesta / congreso final de y ahora qué. Letanía de letanías. Yamamoto, la Manga – como le dicen ahora en muchos sitios, o Catalina, como le siguió diciendo Pujol en cuanto la vio de nuevo – recupera de nuevo el asunto que nos había congregado como 5chics. Le encantó el resultado, con las interpolaciones de Esther, e incluso concluyó, con la seguridad que la caracteriza, que la mano de Esther la notaba incluso en algunos momentos del inicio – tan desconcertante en principio para quien se enfrentara sin conocimientos previos en el laberinto del texto – del inicio del trabajo del primer amanuense contratado al que sustituyera. Cuando se dispersó el equipo Yamamoto, cada cual volvió a su “centro” de origen para acreditar sus experiencias del viaje de conocimiento y de contactos: se había prolongado algo más de lo habitual éste, pero para todos había sido muy fructífero, dado el material de registros generado y manejado. Una nueva normalidad iba a comenzar para 5chics: se prepararon para una nueva hoja de ruta para el otoño siguiente.

Yamamoto se quedó unos días con Pujol y Consu antes de volver a Ibiza, en donde había dejado abiertos algunos compromisos nuevos que la ilusionaban, pues le abrían puertas hacia una faceta suya que no había percibido hasta entonces, relacionada bastante explícitamente con el espectáculo artístico. Se quería dejar llevar un tiempo por su ramalazo exhibicionista recién descubierto, que fascinaba a todos, y también a ella misma, pero antes quería llegar a captar del Pujol alguna formulación global de su experiencia acumulada que tuviera a bien dedicarle.

Cuando los salones de la Blancadoble y los módulos de Pujol y Consu se quedaron más tranquilos, después de la fiesta del canje, Pujol volvió a su ala del taller y la Consu lo acompañó casi todos los días, que aprovechó para hacer ejercicio en el gimnasio de los espejos, antes de que Lamia la recogiera para llevarla por ahí, a dar un paseo. Yamamoto se quedó en uno de los barracones con jardín zen para invitados y gente de paso, pero iba a encontrarse con Consu y Pujol desde la mañana temprano, a veces hacía gimnasia con ellos en lo de los espejos, y un día hasta se quedó a dormir con ellos en aquella cama gigantesca del Pujol. La enterneció mucho verlos dormidos, la Consu hecha un ovillo y el Pujol alojándola entre sus brazos como si fuera una muñeca de peluche. La mayor parte de la mañana y de la tarde se la pasaban en la sala de visionado, enredados con las pelis del Antiguo. Los dos primeros días, Consu les acompañó todo el tiempo; mas al tercer día no aguantaba más de media hora, de vez en cuando y al azar, y el resto del tiempo se iba con Lamia a dar una vuelta o a cacharrear por la cocina y el gallinero y huerto del ala de su casa. Pujol comenzaba sus sesiones a diario con un rato el amanecer del último día de don Borondón, y luego pasaba y repasaba el resto de las cintas e iba acotando en un seleccionador los fragmentos que más le satisfacían, e incluso los glosaba. Yamamoto estaba contenta e impresionada. Le

gustaba sentarse en la sala que utilizaba Pujol, de pantalla mediana para ver a media distancia, a su lado, y procuraba no interferir demasiado en los comentarios que éste de vez en cuando intercalaba –y que ella registraba a su vez convenientemente – y en más de una ocasión se emocionó, muchas veces con el sólo paso de las imágenes ante un silencio casi religioso del viejo, sobre todo si Borondón había incorporado algún fragmento musical. Las imágenes, la música y el silencio, en pocas ocasiones las palabras. Y las palabras, aunque pocas, eran las verdaderas últimas palabras del Antiguo.

Al final de una de las filmaciones de gente por la playa, en barridos lentos a los que había incorporado una música de chirimías orientales, la cámara se había fijado en un fragmento de paisaje arenoso acotado por un potente zoom en el que había dunas de crestas onduladas que creaban un bello juego de zonas en sombra y zonas muy iluminadas por el sol. Allí se detuvo el teleobjetivo como media hora absolutamente fija la cámara, inmóvil. Sólo una persona irreconocible atravesó la escena en esa media hora, su sombra muy alargada hacia el mar, pues era atardecer tardío. Luego se interrumpía la filmación y se oía la voz del Antiguo: “La duna, un estilo”. A continuación, recomenzaba la imagen de nuevo con la cámara fija sobre el mismo fragmento de paisaje de dunas, pero al amanecer; se podía tardar en reconocer la imagen, pues las sombras y las luces eran justo las inversas de la anterior imagen del atardecer. El Antiguo, además, había utilizado un truco fotográfico que luego pudimos calcular con exactitud: cada diez minutos había dejado una exposición de dos segundos, con lo que en tres minutos que duraba ese fragmento la faz iluminada y la faz en sombra del paisaje de dunas se había invertido casi por completo, en un movimiento continuo de bella exactitud visual. A Yamamoto le fascinó aquel potente fragmento, y más cuando descubrió que, aquí y allá, al final de algunas filmaciones, sobre todo de las más animadas de gente, don Borondón había vuelto a repetir el experimento visual con diferentes medidas, aunque siempre en la misma franja horaria aproximada, de 7 de la mañana o algo antes a casi las diez de la noche, unas 15 horas de luz sobre el paisaje de dunas. Al más extenso de estos ensayos, de un cuarto de hora – una exposición de diez segundos cada diez minutos debió ser la ratio utilizada – don Borondón lo había animado con música de chirimías orientales de nuevo, y al final, con un fundido en negro, había añadido con voz lenta: “Idea significaba lo que se ve con los ojos... Idea es lo que se ve...” Y sobre el fundido negro una misteriosa cifra: 11-11-07.

Yamamoto se llevó consigo, de vuelta a Ibiza, todos los registros de la serie “La Duna”, y los utilizó profusamente como plantilla de muchas de sus acciones artísticas de aquel otoño. Estaba claro que era una serie condenada a ser muy popular en los intersticios de nomadeo más animados, tanto o más incluso que el último amanecer del Antiguo. En fin. El destino. Reiteraciones de la forma elemental, esencial. La Idea.

La víspera de la partida de Yamamoto, Consu quiso invitar a cenar a su cocina a quienes aún quedaban por allí rezagad’s; poca gente ya, pues Sergei de Spalato también se había ido. No así el Cocinero Malayo, que se encontraba muy bien en la casa del naranjal y aún no tenía ganas de irse a otra parte. Tenía a todos los módulos con gallinero sobresaltados y Consu le llamaba, entre bromas, el asesino del gallinero, el gran raposo. El Gran Raposo, como escribiría el Salvo. Por supuesto que, cuando se enteró de la cena de la Consu, se brindó para prepararla.

Toda la mañana y toda la tarde se las pasó Yamamoto con Pujol en la sala de visionado de pantalla mediana con los pases de los fragmentos predilectos de Pujol. Sólo ante uno de ellos éste se había mostrado reticente, no sabía incluso si tenía derecho a pedir destruirlo, tal era su reticencia, hasta el límite de la vergüenza ajena: “Eso es, Catalina, me da vergüenza”. Yamamoto le convenció, finalmente, de la fuerza de su belleza y le dijo, además, que era uno de los que más la habían impresionado, con más de media docena de sobresaltos. Realmente era el más procaz, de sexo explícito y en ocasiones chabacano, pero lo salvaba –y Yamamoto se lo explicó, convincente, a Pujol, que al final hizo titilar su Canina Esmeralda para ella – lo salvaba la espontaneidad entre candorosa y canalla del aún joven del colmillo verde, el eterno Pujolito. “Ya no te perteneces”, había sentenciado al final la Manga. Pujol se quedó, unos segundos, silencioso y luego, en la pantalla el último amanecer del Antiguo, comenzó a narrarle a Yamamoto lo que recordaba del día de aquella filmación de don Borondón que en principio le disgustara.

- Recuerdo perfectamente ese día porque fue el de la llegada a la casa de don Borondón de Nico la americana. O la anglo-colombiana, como nunca se cansaba de remachar, una pequeña fijación que tenía. Eran los primeros días del verano y yo a Nico hacía mucho tiempo que no la veía, aunque habíamos mantenido correspondencia ocasional pero recurrente. Le agradecía que hubiera dado título a mi relato “¡Polvo dorado, Pujolito!”; se lo había dado a leer recién escrito, y siempre la recordaré con amor, del caliente, por ser mi última amante en la casa de mi madre Montse, en la casa del huertito de almendros de mi infancia. Debía tener unos veinte años por entonces y estaba buenísima, como se decía, de senos o tetas espectaculares y nalgas o culo que parecía levitar cuando lo bamboleaba. No te rías, porque era el gusto de entonces, al menos para mí, que de eso sabía cantidad, aunque fuera un crío. La Nico llegaba ese día y yo había quedado citado con ella, cerca de la zona de dunas, en un campito resguardado de la playa por unos matorrales frondosos y algunos pinos. El campito se conserva aún hoy, aunque está ya bastante encajonado por los nuevos módulos y barracones tecnológicos, ahí debajo de donde está instalada la Flor Solar, y a veces me voy dando un paseo hasta allá para hacer piernas. Quedé allí con Nico la americana porque era un lugar que a mí me gustaba para estar tranquilo y porque, además, había descubierto que se veía perfectamente desde la plataforma del Antiguo y a veces le saludaba desde allí y sentía que me devolvía el saludo en ocasiones, lo que me llenaba de una extraña alegría y casi me excitaba. Recuerdo que llegué un rato antes – la Nico se perdió y hubo de recurrir a un localizador, que por entonces comenzaba a usarse mucho – y me entretuve haciendo cabriolas para el Antiguo, pues tenía la plataforma en alto con las lonas plegadas y enfocaba con su catalejo en dirección al campito y a las dunas, en dirección a donde yo estaba. Me acaloré con las cabriolas –volteretas, el pino, cosas así – y me quité la camiseta de tirantes que llevaba y los serueles, de suerte que me quedé en bañador. Seguí con las volteretas y revolcones por allí, cuando llegó la Nico y me pilló en pleno éxtasis exhibicionista... Bueno, lo que se ve en la peli, Catalina, qué te voy a contar.

Yamamoto sugirió poner en pantalla ese fragmento y Pujol, tras alguna vacilación, accedió a ello.

- Eso sí, quiero hacerte una advertencia o aclaración, Catalina. Cuando llegó la Nico... Eso, sí... llegó preciosa con un pijama de lamé plateado cortito y ajustado parecido al que yo le recordaba de la última vez que nos viéramos en Ibiza, y con una guitarra. La muy cuca, todo un guiño a nuestro último encuentro, lo menos veinte años atrás. Pero a lo que iba. Nada más llegar la Nico, y después de algunos abrazos y bromas sobre nuestros atuendos respectivos, mi bañador y su mini-lamé, le conté lo del Antiguo en la plataforma y cómo podía estar observándonos, y se la presenté con la mímica más expresiva que pude imaginar, y luego comencé a tontear con ella, pues también a ella la excitaba aquel juego erótico ante los ojos del viejo. En un momento nos dimos cuenta de que don Borondón había hecho desplegar las lonas: supusimos que se había cansado de nuestras chiquilladas, y nos olvidamos de él, de su presencia virtual, de alguna manera, y nos pusimos a follar como salvajes. Además, y era una novedad para mí, la Nico gritaba en el momento álgido del orgasmo y eso, de siempre, me había puesto como una moto. En fin, y esta es la advertencia que te quería hacer, para nada teníamos en la cabeza, ni yo ni la Nico, que el viejo nos estuviera observando y, menos aún, que nos estuviera registrando en imágenes. Es como una resurrección.

Pujol se quedó callado; se le notaba emocionado, mientras en la pantalla, con música minimalista des-secuenciada, por decirlo de alguna manera, la Nico y el Pujolito jadeaban haciéndose perrerías. “Es esa inconsciencia liminar lo esencial de su belleza”, le musitó Yamamoto al oído, y el Pujol se soltó a llorar.

Yamamoto se dio cuenta de que su experimento personal había terminado. No debía tensar más la cuerda del arco, debía ser piadosa. Se llevó a Pujol al hamam, le dio un masaje jabonoso que lo dejó como nuevo y ambos se fueron luego a preparar para la cena. Yamamoto sonreía cuando puso en orden todos sus registros y los acopló a su traje de guerra preferido, todo negro a lo cat-woman, ajustado a su cuerpo como un guante y con la espalda al aire. Diadema, gafas, collar, pulsera y anillo de grandes esmeraldas con minicámaras digitales y cinturón y botos receptores de datos con diminutas motitas destellantes y fosforescentes. Su traje de más gala.

En torno a la gran mesa de la cocina de la Consu, en una cabecera ella y a su lado Lamia, Pujol en la otra cabecera y a su lado Yamamoto, elegantísima y obsequiosa, al quite, la cena transcurrió tranquila y afable. El Cocinero Malayo les preparó uno de sus últimos descubrimientos culinarios, gallina en pepitoria, un hallazgo regional para él que a todos hizo sonreír y a Yamamoto causó extrañeza. Pero estaba muy buena la gallina, o las gallinas, mejor, pues eran lo menos una docena de comensales, alguna gente técnica y vaiveners rezagad's. Yamamoto no mostró ningún interés en las presentaciones y cubría de atenciones al Pujol, también muy elegante con una túnica musulma anaranjada, pero algo alicaído. Al final de la cena apareció Fito Naser por la cocina de la Consu muy contento y los envolvió en una burbuja de aroma tirando a pachulino que a Pujol le dio tos y risa; a Yamamoto no pareció gustarle demasiado porque, mientras decía “prefiero las burbujas de colores”, se sacó de la bota una polvera y le sopló sobre al Naser su contenido envolviéndole en un aura exageradísima amarilla y verde de lo más cursi. Al Fito Naser le entró la risa.

Yamamoto aprovechó la ocasión para abordar a Fito Naser, con quien no había coincidido nunca antes, hasta esa cena en casa de la Consu, y le explicó el mecanismo de las polveras de color refulgente, una novedad tecnológica de las insustanciales que tanto divertían a los snobs, tal las burbujas de olor con las que le gustaba vacilarle a la gente a Fito Naser; al parecer eran unos polvos neutrónicos que se adherían al receptor del soplillo según temperatura y exudación, y adquirían coloración e iridiscencia según las diferentes personas, más contrastadas y potentes en la gente más joven. Pero terminadas las explicaciones técnicas a un Fito levemente aureolado en tonos verdes y amarillos fosforito, le espetó la Manga:

- El fallo máximo de tu sistema, Fito, desde mi visión del asunto, es que se pretende sucedáneo de la vieja Providencia de los occidentales, de alguna manera divinizada en las religiones clásicas mediterráneas. Para mí, oriental al fin, me resulta incomprensible.

Fito se quedó con la boca abierta. Pujol se dio cuenta y le hizo gracia: “A que no te lo esperabas, ¿eh, Fito? ¡Chúpate esa de la Catalina!” Fito era rápido y reaccionó al fin.

- Te puedo asegurar que no tengo un sistema específico, sólo facilitar.
- ¡Já, facilitar! Manipular, diría yo. Tu sistema de intersticios de nomadeo está haciendo aguas por todas partes, pura infiltración.
- Pues de eso es de lo que se trata, ¿no?

Terminaron riéndose todos del gesto de la Manga, sorprendida, pero que terminó riéndose con todos.

Y aquí creemos, Schics, que termina el relato.

El inventario de las pelis del Antiguo queda para otra gente, así como para Yamamoto, si ella quiere, desmenuzar el misterio del legado del Pujolito, el hombre de la Canina Esmeralda. Ella nos había advertido de que había venido a visitar al Pujol y a la Consu algo alarmada por una parte del material que le habíamos enviado, temiéndose lo peor, sobre todo con la constatación de que Pujol consideraba la fiesta del canje como la marcha de la despedida para él. Pero ya había visto que no –Fito se lo había confirmado: “Aún tienen cuerda para rato” – el Pujol y la Titina tenían cuerda para rato. A otros les iba a tocar narrarnos su final.

La casi una docena de comensales de la cena en casa de la Consu la tiene perfectamente recogida en una serie última de pinturas el Carlos Bloch, y entre los invitados esa noche estaban Pepo de la Peña, cámara, Hadi el santanderino, Pati la Fiorentina y el Cañete, vaiveners, así como la

Maga de Oz, una Estambulina, Luisa la Jurídica y el Rajkuter, de viajes de conocimiento y de contactos.

FIN de LA CANINA ESMERALDA, la próxima nonovela del paraíso de las islas, en cuaderno azul Makro Paper y cuaderno Movistar, Casa del Tilo, 22 de noviembre 2007.

